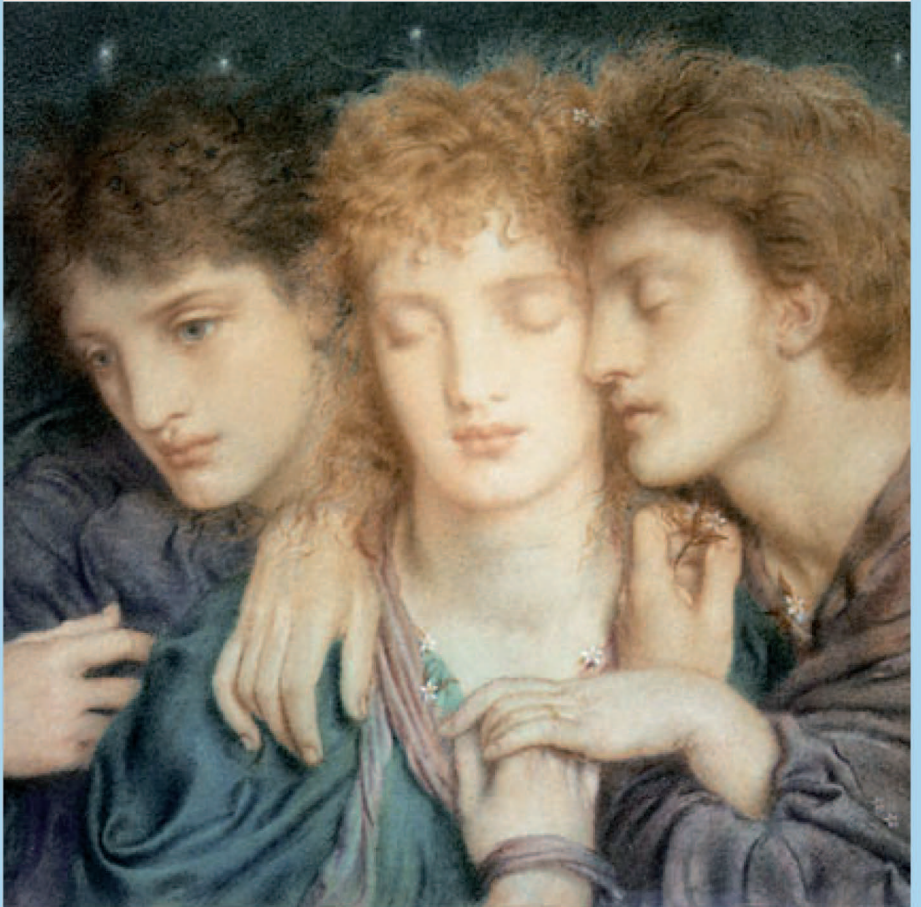


KAORI EKUNI

*Luz brillante*





Luz brillante

COLECCIÓN  
LITERADURA

Kaori Ekuni

Luz brillante

Traducción de Juan Francisco González Sánchez



Primera edición: noviembre de 2017

Título original: *Kirakina hikaru* (1991)

© Kaori Ekuni, 1991, 2017

*Edición original japonesa publicada en 1991 por Shinchosha Publishing Co., Ltd., Tokio*

*Derechos de traducción acordados con Kaori Ekuni*

*a través del Japan Foreign-Rights Centre y Ute Körner Literary Agent*

*www.uklitag.com*

© de la traducción: Juan Francisco González Sánchez, 2017

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2017

c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-947129-8-2

Dep. Legal: M-30234-2017

Maquetación de interiores: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Los que duermen y el que vela por ellos*, Simeon Solomon, 1870

Producción gráfica: Orymu Artes Gráficas

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Luz brillante





## ABRAZANDO EL AGUA

MUTSUKI, MI MARIDO, tenía la costumbre de salir a la terraza todas las noches a observar las estrellas. En cuanto a mí, también salía a la terraza, pero no con el propósito de alzar la vista hacia el firmamento, sino con la idea de mirarlo a él: me encantaba observar su hermoso rostro, con aquellos ojos adornados por diminutas y rectas pestañas que se elevaban hacia el cielo estrellado. Por cierto, a tal hábito atribuía él la buena vista que tenía: 15/20 en cada ojo.

—¿En qué piensas? —preguntó Mutsuki.

—En la vida —respondí medio en broma.

Mutsuki replicó con un movimiento de cabeza que parecía indicar que se había tomado totalmente en serio mi respuesta. Sin duda, aquellos instantes nocturnos de aire fresco que me rozaba la piel, fuera en la terraza, junto a mi marido y

con un vaso de whisky irlandés en la mano, representaban la mayor felicidad en mi vida.

Aun así, apremiada por el frío, no tardé demasiado en volver al reconfortante y cálido refugio del interior del apartamento, para encontrarme, como siempre, frente al retrato del hombre violeta: una acuarela que representaba el rostro de un anciano cuya poblada barba lo cubría casi por completo. Me detuve y entoné en su honor una canción cuya melodía parecía él aceptar con agrado y deleite.

Después de cantarle un par de estrofas de *Señora Luna, está lloviendo*, me dirigí a mi habitación y enchufé la plancha, que tenía un curioso cable moteado en negro sobre blanco. Esperé unos instantes y retiré el edredón de la cama para pasar, con sumo cuidado y concentración, de un extremo al otro, la plancha sobre la sábana. Se trataba de un asunto serio y era de suma importancia hacerlo a una velocidad precisa, de modo que tenía que abstenerme de canturrear como hacía cuando planchaba la ropa. Básicamente, esa era la única tarea hogareña que Mutsuki me había pedido que realizara.

Volví a colocar el edredón ágilmente y desenchufé la plancha.

—¡Listo!

Llevábamos casados apenas diez días, pero no era fácil describir en pocas palabras todas las vicisitudes que habían confluído para que nuestro matrimonio se llevara a cabo.

—Gracias —dijo Mutsuki con su habitual sonrisa, y se introdujo entre las sábanas.

Para sacarme un dinero extra, ocasionalmente trabajo como traductora del italiano al japonés y, en aquella ocasión, llevaba una semana dándole vueltas a una entrevista que tenía que terminar lo antes posible. Así que apagué la luz del dormitorio, cerré la puerta y me instalé en mi mesa de trabajo.

Me serví una generosa cantidad de whisky y observé sus dorados matices, densos y profundos, que tanto poder de seducción ejercían sobre mí.

—¿Alcoholismo? La cosa no llega a tanto; no te preocupes —había dicho el médico, restándole importancia al asunto con una carcajada—. Al fin y al cabo, solo tomas dos o tres vasos al día, y no veo que tengas ningún problema en el hígado ni en el estómago.

Le había dicho que el problema era más bien que me sentía incapaz de evitar la bebida y, entonces, se había levantado y, dándome unas palmaditas en la espalda, había sentenciado:

—Estoy seguro de que no es más que una etapa. Además, una cantidad módica de alcohol es incluso beneficiosa para la salud. Voy a darte unas vitaminas, pero prométeme que no te preocuparás tanto como para que la propia preocupación afecte tu salud.

—Prométeme que no te preocuparás tanto como para que la propia preocupación afecte tu salud —repetí en voz alta, una a una, las mismas palabras del médico, mientras bebía a grandes tragos el contenido del vaso que sostenía en la mano.

De pronto, me sentí observada. Me giré, y allí, detrás de mí, estaba la planta que Kon me había dado como regalo de boda: una *Yucca elephantipes*, conocida también con el pintoresco nombre de «árbol de la juventud». Me miraba fijamente. Con su denso follaje de largas hojas rectas y afiladas, parecía dispuesta a iniciar una pelea en cualquier momento.

Sostuve la mirada a la planta de Kon y apuré el resto del whisky.

Mutsuki ya estaba en la cocina cuando me levanté.

—Buenos días, ¿quieres que te prepare unos huevos fritos?

Negué con la cabeza.

—¿Qué tal una naranja?

—Sí, por favor.

Cuando terminé de ducharme, vi que Mutsuki ya había acabado de fregar la vajilla. Sobre un plato de cristal, me había dejado preparada la naranja en curvos gajos rezumantes de jugo.

Me senté y, mientras daba cuenta de la naranja, Mutsuki dejó programado el termostato de la calefacción para mantener estable la temperatura del apartamento y escogió para mí la música de fondo que habría de sonar durante el día.

Llené una taza de agua y regué el árbol de la juventud. Filtrándose a través de las persianas, la luz de la mañana trazaba brillantes líneas rectas sobre la alfombra. El murmullo del agua llegaba delicioso a mis oídos, según iba empapando la tierra del tiesto.

—Cuéntame algo sobre Kon —imploré.

—Luego, cuando vuelva a casa —se escabulló Mutsuki.

Mutsuki era médico y salía cada mañana de casa para ir al trabajo exactamente a las nueve y diez, ni un minuto más ni uno menos. Si dejamos a un lado los turnos de guardia, el horario de trabajo que tenía era muy parecido al de cualquier oficinista, con sus fines de semana libres.

Tras despedirme de mi marido, decidí volcarme en la entrevista, que no había llegado a terminar la noche anterior. Todavía me sentía irritada por haber tenido que traducir una de las declaraciones del entrevistado, un diseñador de moda residente en Milán, en la que confesaba que era incapaz de amar nada que no fuera hermoso, cuando sonó el teléfono. Era mi madre, que me llamaba todos los días.

—¿Te encuentras bien?

Su tono de voz transmitía tal preocupación que no pude evitar irritarme aún más.

—¿Que si me encuentro bien? ¿A qué viene eso exactamente? —le repliqué.

Junto al manual de instrucciones del reproductor de vídeo, la garantía de mi anillo de casada y los documentos de la hipoteca del piso, en lo más alto de la cómoda del dormitorio, guardábamos dos informes médicos cuya existencia siempre se encargaba de recordarme el incisivo tono de voz de mi madre. ¡Y eso que ella solo estaba en conocimiento de la existencia de uno de ellos! Se trataba del que decía, incurriendo en flagrante contradicción, eso sí, que mi enfermedad mental estaba dentro de unos parámetros de normalidad. «La expresión *enfermedad mental* abarca un amplio abanico de síndromes», había dicho el zafio del médico. «En tu caso, aunque no se pueda afirmar que no estés padeciendo cierto trastorno mental, ello no es motivo para alarmarse, en absoluto. No pasa de ser un leve caso de cierta inestabilidad emocional y, de hecho, la tendencia a la bebida que vienes mostrando tal vez sea una manifestación de ello. Estoy seguro de que comenzarías a experimentar una notable mejoría —no te lo tomes a mal, digo esto a modo meramente especulativo— si te casaras». ¿Si te casaras? Lo dijo así, a la ligera, pero fue la causa de que yo acabara asistiendo a nada más y nada menos que siete entrevistas matrimoniales concertadas con siete potenciales maridos.

—¿Ocurre algo? No parece que estés hoy de muy buen humor —prosiguió la voz de mi madre al otro lado de la línea telefónica.

—Perdona. Me pillas en medio del trabajo.

Teléfono en mano, me dirigí a la cocina, tomé una lata de refresco de melocotón de la nevera y la abrí con la mano que tenía libre.

—Eso está bien, siempre que no dejes de lado las tareas domésticas —puntualizó mi madre—. No bebas demasiado. Un día de estos iremos a verte tu padre y yo. Y dale recuerdos a Mutsuki.

Colgué y lancé la lata al cubo de la basura.

Mi madre no cupo de gozo cuando había sabido que Mutsuki era médico. Pero su reacción no se debía al hecho de pensar en la posición social y en el sueldo que van a menudo de la mano de dicha profesión: «Con un médico en casa, seguro que pronto te vas a poner bien», había dicho satisfecha mientras escudriñaba una foto de Mutsuki.

Cuando se lo conté a Mutsuki, durante una de nuestras primeras citas, este se había reído con ganas:

—Vaya, parece que los dos tenemos algo que ocultar. Ja, ja, ja, una pareja de fugitivos de la ley —había dicho.

Esta era la razón por la que me disgustaban las llamadas de mi madre: reavivaban en mi cabeza todas aquellas cosas que yo deseaba olvidar. En fin, a ver si me explico... A Mutsuki no

le gustaba acostarse con mujeres. De hecho, a lo más que llegaba conmigo era a algún que otro beso, muy de vez en cuando. Así estaban las cosas: mujer alcohólica y marido gay. ¡Pareja de fugitivos de la ley!

—¿Qué es lo que te gustaría escuchar sobre Kon? ¿Qué películas hemos visto juntos, por ejemplo? ¿Alguna anécdota sobre nuestros viajes a la playa?

Hacía frío en la terraza y me había abrigado con una manta que caía sobre mi cuerpo como si fuera la capa del Principito. Di un sorbo al whisky.

—Háblame de cuando fuisteis de excursión a la montaña.

Mutsuki soltó una carcajada:

—Imposible. Nunca hemos ido.

—Entonces, cuéntame la pelea que tuvo Kon con un gato.

—Pero si ya te la he contado.

—Otra vez, otra vez —dije, agitando el vaso para hacer tintinear los hielos a modo de aplauso.

Mutsuki dio un buen trago de la botella de agua Evian y comenzó el relato:

—Kon tenía un perro de raza Shiba Inu, llamado *Koro*. Había cuidado de él desde que era un cachorro y tenía por



norma ponerse a cuatro patas cada vez que tenía que echarle alguna regañina a *Koro*. Era para ponerse en igualdad de condiciones. No era justo aprovecharse del hecho de tener sus garras (o, mejor dicho, manos) delanteras libres para darle algún pescozón a *Koro*, cuando este no podía hacer lo mismo. Kon no se tomaba a broma, ni mucho menos, las peleas con *Koro*, pero, para este, Kon no era más que un anticuado. Así que se limitaba a unas cuantas vueltas por el suelo. Pero, cierto día, hace unos cinco años, cuando vivía yo en Ogikubo, Kon vino a mi casa. Pues bien, tenía yo entonces un gato y, cuando quise darme cuenta, ahí estaba Kon, a cuatro patas, abalanzándose contra mi gato. Te puedes imaginar mi sorpresa ante tal panorama. Pero mayor aún parecía la sorpresa del gato. *Garbo* (así se llamaba) no tenía especiales reparos en emplear sus uñas cuando lo creía conveniente. Se había agitado mucho y un gato sabe usar sus garras mejor que un perro, y hasta más que una persona, diría yo. El asunto se puso muy feo y, al final, la cabeza de Kon terminó cubierta de sangre. Parecía el malo de una película de samuráis.

Mutsuki tomó otro buen trago de su botella de Evian y cerró los ojos como rememorando algo con nostalgia. El hecho de que Mutsuki hubiera tenido la paciencia de contarme una vez más aquella historia, de principio a fin, me había hecho sentir muy feliz.

Por fin quedé con mi editor en una cafetería cercana a la estación de metro para entregarle la traducción, dos días después de la fecha límite. El día había amanecido magnífico y, en vez de regresar inmediatamente a casa, decidí darme un relajado paseo. Al llegar a la puerta de casa, me encontré al padre de Mutsuki esperando allí mismo. Cuando me vio, levantó la mano y me dirigió una sonrisa.

—Has llegado justo a tiempo. Estaba a punto de irme al ver que no había nadie en casa.

Su amplia sonrisa parecía teñida de cierto rasgo desolador que lo delataba como un hombre bien entrado en años.

Abrí la puerta, le pasé un par de zapatillas y me dispuse a servir té de arroz tostado. Mientras realizaba dichas acciones, le ofrecí mis disculpas. Me excusé diciéndole que había salido a dar un paseo. Le recordé, también, que Mutsuki estaba todavía en el trabajo.

—No te preocupes. Simplemente me he pasado para ver cómo iba todo.

Me puse algo tensa. ¿Cómo iba *el qué*? La madre de Mutsuki y mis padres habían expresado su acuerdo en que nuestro matrimonio nos vendría fenomenal; solo el padre de Mutsuki había mostrado recelos ante la idea. Y ahí lo tenía yo delante en ese momento.

—¿Sabes? Me gusta este piso —dijo.

—Sí, la verdad es que puedo considerarme afortunada. Habría preferido morderme la lengua, pero ya era tarde. «Vaya, acabo de darte justamente aquello que querías escuchar», pensé.

—Así que habéis logrado apañaros —dejó caer mi suegro—. Cuando pienso en tus padres, me siento fatal.

—De verdad, no es necesario que te sientas así. Ellos están contentos.

—Porque no lo saben...

Vaya, ya tuvo que salir el tema del otro informe médico: el que certificaba el resultado negativo de las pruebas del VIH.

Afortunadamente, fui capaz de frenarme antes de que las palabras: «¡Eso es! ¡Mis padres no lo saben! Pero...» brotaran de mi boca a borbotones. No debía contarle que, de hecho, estábamos en empate: mi *inestabilidad emocional* era un secreto.

—¿Casarte con él? Para ti será como abrazar el agua.

Sentí en ese momento una fría y áspera presencia detrás de mí. No necesité darme la vuelta para saber de qué se trataba.

—No pasa nada. En cualquier caso, el sexo nunca me ha interesado mucho —dije alto y claro para que la planta pudiera escucharme.

Mi suegro permaneció desconcertado durante unos instantes, pero reaccionó enseguida, dejando escapar una risita.

Entreví la ocasión para cambiar de tema. Me puse en pie de un salto y pregunté:

—¿Pongo algo de música?

Tomé un CD cualquiera de los de la colección de Mutsuki y lo puse en el reproductor.

—Se te habrá enfriado el té. Déjame que te sirva otro.

Explosiones de sonido llenaron el espacio.

—¿Te gusta la ópera? —preguntó mi suegro cuando volvía yo con el té—. No cabe duda de que eres una mujer original. Muy curioso...

No sé si debía agradecersele al fuerte volumen de la música, pero el caso es que no tardó en irse después de charlar brevemente sobre asuntos triviales. «Como abrazar el agua», había dicho, y esas palabras se me quedaron grabadas y, en cierto modo, me aliviaron. Básicamente, era como si estuviéramos jugando a las casitas, pero, eso sí, me daba cuenta de que todo tenía un precio.

Un domingo, nada más y nada menos que el día de Nochebuena, Mutsuki estaba encerando el suelo. Me ofrecí a limpiar las ventanas, pero Mutsuki me pidió que lo dejara:

—No te preocupes. Ya lo haré yo luego —dijo. Mutsuki siempre se encargaba de hacer la limpieza cada domingo. De

hecho, era una de sus ingenuas aficiones—. ¿Por qué no te echas una siesta?

A Mutsuki le obsesionaba la limpieza y no descansaba hasta que la casa relucía.

—Entonces, voy a cepillar los zapatos —repliqué. Pero Mutsuki ya se había encargado también de eso.

—¿Qué te ocurre? —inquirió él, algo extrañado de verme allí quieta, de pie, sin saber qué hacer. A veces, podía ser terriblemente lento para caer en la cuenta de lo que me pasaba. En cualquier caso, desde el principio habíamos decidido que en nuestro matrimonio no habría tareas de mujer o tareas de hombre. Quien tuviera mayor habilidad para determinado quehacer sería quien se encargaría de ello, tanto si era limpiar el apartamento, cocinar, u otras tareas.

Me moría de aburrimiento, así que agarré una botella de vino blanco y fui a sentarme frente al retrato del hombre violeta.

—Bebamos —dije—, tú y yo. Olvidemos al viejo y aburrido Mutsuki.

Al hombre violeta pareció gustarle la idea.

—Shoko —llegó la voz de Mutsuki como si de un lamento se tratara—, no puedes sentarte ahí. ¿No te das cuenta de que estoy encerando el suelo?

Tomé un frío trago del vino alemán.

—Vaya cascarrabias.

¿Dónde habría podido ir? No parecía haber un solo lugar al que huir. Finalmente, me acomodé en el sofá y decidí cantarle una canción al hombre violeta. Como *White Christmas*, de Bing Crosby, era la única canción que podía cantar en inglés, allá que me lancé. Entre estrofa y estrofa, iba dando cuenta del vino, hasta que Mutsuki apareció para arrebatarme la botella de las manos. Era un vino barato, pero me sabía delicioso.

—Pero ¿qué es eso de beber a morro?

De pronto me sentí muy desgraciada.

—¡Devuélvemela! —le grité.

Mutsuki desapareció en la cocina y metió el vino en la nevera.

A modo de protesta, elevé considerablemente el volumen de mi canción hasta que la garganta empezó a dolerme y los tímpanos a pitarme. Ello no hizo cambiar de idea a Mutsuki.

—Deja de portarte como una niña —me reprochó.

Me pareció escuchar una risa burlona detrás de mí. Me giré y, efectivamente, era la planta de Kon. De repente, perdí la paciencia, agarré un trapo y un quitamanchas —lo que tenía más a mano— y, harta de que la planta estuviera siempre mirándome de esa manera, los lancé con todas mis fuerzas en su dirección.

—¡Shoko!

Mutsuki vino hacia mí corriendo y me inmovilizó. Una abrumadora tristeza cayó sobre mí e hizo que brotara un río de lágrimas, que empezó a correr por mis mejillas, entre sonoros sollozos. La sensación de impotencia y la incapacidad para ejercer ningún tipo de control sobre mí misma se habían adueñado de mí, y la respiración se me cortaba cuando, por fin, lograba hacer algún intento por contener el llanto. Mutsuki me llevó en brazos hasta la cama y me pidió que me tranquilizara, me dijo que me sentiría mucho mejor después de haber dormido un poco. Pero este tipo de palabras consoladoras solo conseguía irritarme aún más, así que continué llorando convulsivamente.

Finalmente, me quedé dormida. Al despertar era ya de noche. Mutsuki había dejado el piso impoluto, sin una sola mota de polvo olvidada.

—Podrías darte un baño de agua caliente —sugirió Mutsuki.

—¿Por qué no vamos a cenar fuera? —propuse yo. ¿Por qué tenía que ser así siempre? Mutsuki era tan bueno conmigo que a veces resultaba insoportable—. Mutsuki, ¿qué te parece si el próximo año preparo algo para la cena de Nochebuena, algo especial?

—¿Sí?

—Y también podríamos poner un árbol de Navidad.

Mutsuki rio amable, cálido y despreocupado, como siempre.

—El caso es que —dijo— todavía no estamos en el próximo año; así que aquí tienes tu regalo para estas Navidades.

Me tendió un pequeño paquete.

Deshice el lazo verde y retiré el papel blanco que lo envolvía. Dentro había un pequeño objeto metálico con forma de lirio. Era muy pequeño y de aspecto demasiado frágil como para ser una batidora.

—Es un agitador de champán —aclaró Mutsuki—. Al usarlo, se forman pequeñas burbujas en el champán.

—Es maravilloso —exclamé—. Salgamos ahora a comprar un buen champán para esta noche.

Mutsuki negó con un movimiento de cabeza.

—No es imprescindible un buen champán para usarlo.

En fin, un agitador para hacer burbujas en un champán barato. ¡Qué gran idea para un regalo! Me había dejado impresionada.

Su primer regalo había sido un osito de peluche. Era de color rosa pálido y estaba hecho a semejanza de cierto modelo antiguo. Venía en una enorme caja adornada con un lazo y Mutsuki me lo había regalado al día siguiente de nuestra primera cita.

El segundo había sido un globo terráqueo de plástico transparente que vendían en una papelería donde habíamos ido a comprar unos cuadernos que yo necesitaba. En cuanto



lo vi, me quedé prendada de él, y Mutsuki me lo compró sin dudarle un momento. Sabía lo que me llamaba la atención.

—¿Te gusta?

—¡Claro! —contesté y me di cuenta de algo terrible: ¡yo no tenía regalo de Navidad para Mutsuki! Ni siquiera había pensado en ello.

—¿Qué te apetece cenar? —preguntó.

—Mutsuki, te he comprado un telescopio, pero con todo el jaleo de las compras de Navidad, me han dicho que quizás el envío no llegaría a tiempo...

Me sorprendió la facilidad con que me había salido la mentira.

—¡Madre mía! —los ojos de Mutsuki brillaron de entusiasmo. Mi marido era de esas personas que jamás ponen en tela de juicio lo que dicen los demás.

Me pregunté cuántas parejas habrían salido a cenar fuera en Nochebuena.

La luz del interior del piso se reflejaba en los cristales de las ventanas, recién abrillantados, y allí estábamos todos: el hombre violeta y la planta de Kon, el marido gay y la esposa alcohólica, entre los destellos de aquellos finos cristales.

